

El perfil del médico educador

OCTAVIO RIVERO*

El perfil de una profesión es el conjunto de características que debe tener quien la ejerce, para cumplir idealmente las metas y los objetivos de la misma.

Hay profesiones que requieren una o dos características muy señaladas para facultar su ejercicio; otras, como la medicina, exigen muy diversas cualidades de capacidad, disciplina, información, instrucción, adiestramiento actitudes hacia sí mismo y hacia la sociedad, sensibilidad, generosidad para compartir conocimientos, humildad para continuar adquiriéndolos a cualquier edad y en cualquier posición, inconformidad con lo conocido y espíritu de innovación, búsqueda de la verdad; todas estas cualidades definen el complejo perfil del médico; muchos poseen algunas; otros un número apreciable, y muy pocos maestros, la mayoría de ellas.

Hay ciertas características del perfil del profesionista que permanecen invariables a través de las épocas y de las diversas tendencias que rigen el modo de ejercer la profesión; son las que hacen el perfil fundamental de este profesionista. Hay otras que han variado conforme varían los tiempos, las corrientes, las tendencias tanto en el aspecto científico como en el del arte del ejercicio propiamente dicho.

La del perfil del médico como educador es de las primeras, de las fundamentales, de aquellas que han pervivido a través de los tiempos.

En esta conferencia trataré de delinear el aspecto del perfil del médico como educador, aunque siento que es imposible hablar de éste sin tocar —así sea superficialmente— otros de sus aspectos definitorios que, con su capacidad de educador, han nacido al mismo tiempo que la medicina y son de sus cualidades fundamentales.

Haré en tanto, caso omiso de aspectos secundarios del perfil del médico, aquellos que son resultado de las

corrientes, de las bases de la medicina en un tiempo empíricas, poco a poco menos artísticas y más científicas, y finalmente constitutivas del perfil integral del médico actual.

Trataré del médico y sus aspectos como educador de sí mismo, de sus discípulos, como de la sociedad en la que vive y de sus enfermos.

El perfil de una profesión deriva en parte de la sociedad misma; pero cuando una profesión lo define claramente, modifica también su ámbito y trasciende socialmente.

El concepto de educación comprende la información, la instrucción, la adquisición de destrezas, la formación de actitudes en relación con el individuo, con la sociedad, y el interés y conocimiento por otras ciencias y manifestaciones de la cultura que conforman la educación integral.

El médico científico y humanista requiere conocimientos en ciencias naturales y exactas, humanas y sociales; la medicina es una de las profesiones que cuanto más amplíe quien la practica los campos de la cultura general, tanto más logrará comprender los aspectos científicos y humano del acto médico.

Para él, estar informado, ser instruido, tener destrezas en el diagnóstico y el tratamiento, desarrollar actitudes de colaboración con sus compañeros de trabajo y de servicio con sus pacientes y familiares, es tan importante como su conciencia de ser miembro de la sociedad, solidario con sus problemas morales, económicos y políticos.

Si analizamos lo que ha sido el perfil del médico como educador a través de la historia, insisto en que tendremos que aceptar que la medicina, el médico y la educación nacen casi juntos; este perfil del médico que trata pacientes y educa discípulos, se delinea, desde el principio como el del inconforme con su verdad contemporánea; el constante buscador de una verdad que

*Académico Titular. Rector. Universidad Autónoma de México.

explique mejor los fenómenos; el insatisfecho siempre de sus conocimientos, el abridor de nuevos caminos en su arte y en su ciencia.

El médico, el concepto de educación, los inicios del método científico, surgen prácticamente de manera simultánea.

Desde la más remota antigüedad, encontramos ejemplos de esto; así, en las tabletas asirias de varios siglos antes de la era Cristiana, se describen elementos descriptivos de enfermedades que, sin duda, fueron utilizados para ilustrar estas mismas y, a la vez, ilustrar a quienes debían aprender el arte de curarlas.

En sellos mesopotámicos, en papiros árabes. Se recogen los secretos de una medicina adelantada singularmente para épocas tan remotas; ahí se encuentran los antecedentes del más claro documento del nacimiento simultáneo de las reglas de oro del ejercicio de la medicina y el aspecto de educación del médico: Hipócrates, en su juramento, como una de sus reglas fundamentales señala la obligación que tiene el médico de instruir y educar a los hijos de sus maestros, a sus propios hijos y a los alumnos juramentados.

Quizá hay pocos ejemplos, en las diversas ramas del conocimiento humano, en donde se vea tan claramente definido el concepto de aunar el ejercicio de la profesión con la obligación de enseñarla.

Sabia previsión de miles de años atrás para conceptos que en la actualidad nos son de aceptación universal: el ejercicio de la medicina se eleva en calidad cuando quien la ejerce, al mismo tiempo, enseña e investiga.

Los grandes adelantos de la medicina, estancada durante siglos, comenzaron a mediados del milenio que está por terminar, con la inquietud de hombres como Paracelso, William Harvey y Claude Bernard y otros muchos, quienes no solamente eran médicos, sino profesores de medicina e iniciadores de la investigación científica; gracias a ellos, la medicina logró pasmosos avances.

Hombres como ellos se encuentran también entre nosotros. Imaginar una reunión ideal de diversas figuras de la educación y de la medicina mexicana de los últimos dos siglos; recordar lo que he leído de ellos, lo que les escuché decir a algunos en conferencias, lo que tuve oportunidad de dialogar con otros, pudiera ayudarme a definir el perfil del médico como educador, y a reconocer en ellos los comunes denominadores que los hizo grandes en este aspecto.

Así, a través de esta reunión imaginaria en la cual invoco la figura y la personalidad de ilustres desaparecidos, traté de reconocer los aspectos fundamentales de este perfil definitivamente importante.

Hay, desde luego, figuras precursoras de nuestra historia, que trascendieron su labor de médicos y cultivaron los terrenos de la educación; hablo de los organizadores de la medicina en una sociedad mexicana incipiente, como Valentín Gómez Farías, cuyo pensamiento aun es tan cercano a nuestras necesidades de educación, de formación de médicos y coincide en mucho con el pensamiento y las ideas de otros más recientemente desaparecidos de nuestro siglo.

De estos escojo únicamente a algunos, que tienen en común no estar ya entre nosotros; por respeto a su modestia, no deseo invocar a los vivos.

Los mencionados médicos del siglo XIX, ¿Qué tuvieron en común con Federico Gómez, fundador de la pediatría mexicana; con Ignacio Chávez, de la cardiología; con Roul Fournier, modificador de la enseñanza de la medicina en México a mediados de este siglo: con Alejandro Célis, impulsor indiscutible de la neumología; y con Luis Castelazo Ayala? ¿Qué valores comparten los educadores de nuestra vieja escuela del siglo pasado con los de la facultad de principios del presente y con aquellos a quienes tocó el cambio a la Ciudad Universitaria con aulas y laboratorios modernizados?

Bien distintas son las figuras que he mencionado; diferentes en su cultura original o de nacimiento; apartadas en su preparación; la mayor parte de ellas, por cierto, realizada sin trasponer mayormente los límites de nuestra nación. Que hombres diferentes en sus creencias personales, en su credo religioso y en su credo político, en su modo de vivir y en su forma de ser, en su manera de entender la vida, la organización humana en familia y en sociedad; sin embargo, cuántas cosas comunes pueden describirse de ellos para hacer posible reconocer el perfil del médico como educador: quienes los conocieron de más cerca, encontraron sin duda algunas características más acentuadas del perfil que creo común en todos.

La primera característica común que puede encontrarse en ellos, es la preparación en la disciplina médica propiamente dicha.

Parecería innecesario hacer esta aclaración; sin embargo, es preciso hacerla, ya que durante algún tiempo reciente, algunos grupos exageraron la importancia de la preparación pedagógica, dando la impresión de que ésta podría si no sustituir, a lo menos ser el elemento fundamental que haría de un médico un buen educador; para poder preparar nuevas generaciones de médicos tiene que dominarse el conocimiento de la medicina en toda su amplitud. En mayor o menor grado, con mayor o menor maestría, todos los ejemplos que he recordado son grandes maestros conocedores de la ciencia y el ejercicio del arte que se consagraron a enseñar.

La segunda cualidad compartida que encuentro en ellos, es la capacidad de trabajo; en todos los casos estamos hablando de grandes trabajadores, hombres que no conocieron horarios ni reposo a tiempos precisos; hombres que en muchos casos sacrificaron su vida personal, a veces su familia, por ser excelentes practicantes de ese ejercicio médico que requiere tiempo, dedicación absoluta, verdadera devoción y pensamiento generoso en cualquier momento.

La tercera cualidad que en todos reconozco, es la presencia de una planeación clara de su vida, en relación a objetivos y metas bien precisas, con decisión para llegar a las mismas resolviendo los problemas y los obstáculos encontrados en el camino; en los grandes educadores, nuestros maestros, no se ven vidas desarrolladas al azar, sino vidas que son la respuesta a planes muy claros con finalidad exactamente definidas.

Otra característica indiscutible del educador médico, es el de no vivir aislado, sino compartir sus experiencias con otros, sean más jóvenes o compañeros de edad, o más viejos; ya sea que cuenten con mayores o menores conocimientos; un maestro no se concibe sin la existencia de un grupo a su alrededor.

El hombre en un grupo no es invento reciente; es fruto de una cualidad que algunos pueden haber perdido en el ejercicio de la medicina en un momento dado de la historia; pero quienes trabajaron aisladamente no son los que trascendieron; quienes tal cosa lograron, fueron aquellos que discutieron sus ideas con los demás; los que aceptaron que el conocimiento de la medicina sólo se completa al compartirse.

¿Fue, pues, producto de la inteligencia el tratar de asociarse con otros para saber más, comprendiendo que muchas cabezas piensan mejor que una sola? ¿Hubo en ello también un rasgo de humildad, al aceptar que aún en los más jóvenes se encuentra, en ocasiones, la verdad, y al admitir que por viejo que sea, si se tiene la actitud conveniente, todos los días ofrecen algo que aprender? ¿Será necesario también cierto grado de generosidad para compartir con otros los conocimientos adquiridos?

Todas estas preguntas permiten sólo respuestas afirmativas. Son entonces la inteligencia, la humildad y la generosidad, los ingredientes necesarios para que un maestro forme un grupo y, con él, al mismo tiempo que aprenda, enseñe.

Muchas veces ví a aquellos de quien hablo, empeñados en enseñar cosas; más los ví también empeñados en aprender. Siempre creí reconocer más al maestro en aquel que estaba tratando de aprender, que en el que se regodeaba en enseñar.

¿Son necesariamente pedagogos los grandes maestros? ¿El arte de enseñar medicina es una ortodoxa impresión de la pedagogía? ¿Es éste uno de los requisitos fundamentales de los educadores médicos reconocidos y conocidos por nosotros en las últimas décadas? ¿Son necesariamente expertos en el método científico? Yo diría que sí, pero en sentido natural, ellos son pedagogos porque están habituados a enseñar lo que hacen; a aprender haciendo y a enseñar haciendo, tanto en el laboratorio como a la cabecera del enfermo; son expertos en el método científico no porque lo hayan analizado teóricamente, sino porque lo han aprendido a través de ejercitarlo en cualquier circunstancia posible.

No creo en los médicos de seminario, como tampoco creo en los dominadores del método científico porque hayan organizado o participado en seminarios sobre él.

Creo en los que han vivido aprendiendo en su laboratorio, rodeados de alumnos, o que han sido pedagogos analizando problemas a la cabecera del enfermo, y transformándose paulatinamente de alumnos en maestros.

Hay, además, cómo característica en todos estos educadores en mayor o menor grado, una vivencia del futuro; es decir, no son hombres que están viviendo sólo el presente o viviendo del pasado, sino que siempre están pensando en edificar para el porvenir; en organizar para los próximos tiempos; en trabajos por realizar, en cuestiones por resolver, en proyectos académicos que llevar a la realidad.

Recuerdo vivamente a uno, que hacía, en su lecho de muerte, planes académicos para el siguiente año.

Fueron todos incansables continuadores de su preparación: hay aquí otro rasgo que revela humildad, que revela inconformismo con el conocimiento que ya se tiene; no trato de la medicina como ciencia; el investi-

gador conoce perpetuamente en la historia, que los conocimientos esta actitud es germen fundamental de la investigación.

El médico debe entender que puede modificar la sociedad con sus conocimientos de médico; que teniendo conocimientos y aplicándose al arte logrará trascendencia social en su actuación; no es trueque de conocimientos de médico por conocimientos de sociólogo; es la aplicación social de sus conocimientos de médico.

El perfil completo del médico educador se da, si el médico tiene conocimientos, si posee destrezas, si es instruido y culto, si tiene confianza y seguridad en sí mismo, si es guiado por un sentido de servicio para sus enfermos y en relación con la sociedad, y si es dueño de la inteligencia y la generosidad de compartir ésto con otros.

Pero, además, este hombre que quiere ayudar al hombre, su hermano, precisa saber algo acerca de cómo piensan los poetas, los pintores, los músicos; qué piensan que y cómo trabajan los científicos; de qué modo piensan y cómo se estructura la vida de los humanistas y hombres de cultura general y cuáles son las manifestaciones fundamentales del espíritu del ser humano a través de la historia.

En este conjunto ideal, y tan real, de viejos maestros que he invocado para tratar de encontrar el perfil, las características comunes del médico como educador, podría verse con naturalidad una viva discusión que versara sobre muy diversos temas, o bien el estudio de un caso donde el método científico hubiera llevado a comprobar determinada hipótesis para explicar un problema científico, o el gozo de la perfección instrumental de un diagnóstico o un procedimiento terapéutico llevado a cabo y confiado al compañero, de la misma forma, a otros de ellos podría parecerles interesante la discusión de un problema médico social que afectara al individuo, a la familia o a la sociedad entera, me podría fácilmente imaginar a éstos disputando en relación al problema actual de la desnutrición en el mundo, a los problemas de la crisis económicas y social actual en el país, y al modo como legítimamente podrían estar interesados en procurar posibles soluciones a estos problemas, los cuales rebasan el concepto limitado de preparación del médico, pero son naturales en el médico preocupado por la sociedad en la que vive, por sus problemas y sus soluciones políticas en el más noble sentido que esta palabra tiene.

El médico educador, y el que trata de educarse en medicina, necesita algo más; en las pausas de su quehacer fundamental, conocedor él como pocos del destino final del hombre, que es la muerte, ha de interesarse vivamente por los fenómenos de la vida; así, podrá gozar con plenitud las manifestaciones auténticas, las más nobles y trascendentales del ser y el estar vivo. Poder disfrutar tan solo de la viva impresión de estarlo, y poder ser y hacer. Disfrutar de la ciencia, disfrutar de la proyección y transcendencia humana de la misma; pero también gozar del arte, al observar una pintura o una escultura, cualquiera que ésta sea; recrearse imaginando donde hubo mayor sensibilidad de expresión del ser humano, si en quien plasmó el rapto de las Sabinas o en la obra musical que un joven estudiante francés de la tercera década de este siglo, Ravel, presentó como tésis o definiendo, qué les aproxima más a la expresión

musical de la capacidad de amar del ser humano, si el segundo movimiento de la segunda sinfonía de Rachmaninoff o el Adagietto de la 5a. sinfonía de Mahler.

Este hombre médico educado en forma integral, es un hombre que puede educar.

Estas son mis reflexiones en relación al perfil del médico como educador.

Es bueno recordar en esta ocasión, con respeto y admiración a aquellos maestros a quienes he invocado para tratar de establecer tal perfil, espero que sus vidas y sus obras me hayan permitido delinearlos claramente para ustedes.